

¿Quién es José García? La identidad en conflicto en *El libro vacío*, de Josefina Vicens

Elizabeth M. Murcia

Doctorante por la UAM-I

El resultado será, en último caso,
muchas páginas llenas y un libro vacío.

El libro vacío, Josefina Vicens

Con el cambio de paradigma traído por la posmodernidad y luego de proclamada la muerte del sujeto y, con esto, de las distintas instancias narrativas (autor, narrador, personaje), la identidad se ha vuelto un campo aun más difícil de asir. Teorías más actuales han señalado la contradicción a que ha llevado la perspectiva excesivamente materialista que ha proclamado la muerte del sujeto, y es que con ello se ha dejado sin voz no solo al sujeto hegemónico, sino también a aquel que siempre ha sido relegado a los márgenes.¹ Hablar, pues, de identidades no es, ni será nunca, tarea fútil. La dilución de las identidades, pues, va mucho más allá de simplemente dar por descontada toda importancia del sujeto y sus instancias, habrá que ver cuál es el sujeto que se niega, por qué y, más aún, en qué medida esta supuesta borratura termina volviéndolo más visible entre más se hace notar su ausencia.

Angélica Tornero, siguiendo a Paul Ricoeur, propone acercarnos a la configuración de identidades de estos personajes hijos de la posmodernidad, mediante el análisis de la identidad narrativa precisamente desde la negación:

Lo que se estudia es la identidad narrativa [...] como una identidad construida con otro, es decir, como ese ámbito de alteridad, cuya definición es negativa, porque lo que permitirá reconstruir este ámbito serán las acciones que provoquen la discordancia y por lo tanto la inestabilidad. [...] Se trata, abiertamente, de borrar, de trazar dialécticamente la borratura del personaje.²

Desde esta perspectiva, la borratura del personaje traída por la posmodernidad no elimina la posibilidad del análisis de su identidad, sino que ésta se construye precisa y quizá paradójicamente en la medida en que sus interacciones con los otros personajes la ponen en

¹ Cfr. Angélica Tornero. "Singularidades e intermediaciones en la constitución del sujeto transmoderno latinoamericano", p. 139.

² Angélica Tornero, *El personaje literario, historia y borratura*, pp. 174-175.

conflicto (y es que, como se ha dicho ya en múltiples ocasiones, en última instancia, no es posible negar lo que desde un principio no existe). Las novelas de Josefina Vicens, además, se inscriben no en la tendencia de la total borradura de identidades, sino en aquella (a mi gusto más interesante) de la problematización y el conflicto. Los protagonistas de Vicens no son entes despojados desde fuera (por obra del texto o del autor) de toda certeza sobre sí mismos, sino que desde dentro se cuestionan permanentemente la propia identidad.

El acercamiento al conflicto identitario de José García, protagonista de *El libro vacío* (1959), puede realizarse desde tres niveles distintos según los diversos papeles que desempeña en la trama: ficcional o del personaje, metaliterario o del narrador, y autoficcional o del autor(a). Este conflicto tiene como eje el oficio de la escritura y como pilares las tensiones constantes entre dualidades, que no pocas veces terminan convirtiéndose en francas contradicciones: escribir-no escribir, verdad-mentira, realidad-ficción, autor-personaje.

El conflicto identitario en el nivel del personaje se estructura a partir de dos dualidades: la de escritor-no escritor, y la de individuo-comunidad. En cuanto a la primera, tenemos que el personaje vive en una tensión constante entre ser o no escritor: no querer escribir, pero no poder escapar de la necesidad de hacerlo; decidir no escribir, pero querer dejar constancia de que no se escribe; etcétera. Desde el inicio de la obra, su identidad se pone en conflicto en relación con esta doble experiencia de la escritura. Aparece además la segunda dualidad intrincada con esta primera, pues José García hace énfasis constante en que los otros hombres y él son, en esencia y dadas ciertas circunstancias, uno mismo.³ Y, a la vez, el yo se encuentra escindido en múltiples yo. Es decir, desde este personaje, la unidad se forma hacia afuera del sí mismo, mientras que la multiplicidad se encuentra hacia adentro. Parte de esta multiplicidad interior es el desdoblamiento que experimenta el protagonista y que marca el inicio mismo de la novela:

No he querido hacerlo. Me he resistido durante veinte años. Veinte años de oír: “tienes que hacerlo..., tienes que hacerlo”. De oírlo de mí mismo. Pero no de ese yo que lo entiende y lo padece y lo rechaza. No; del otro, del subterráneo, de ese que fermenta en mí con un extraño hervor.⁴

³ Cfr., *El libro vacío...*, pp. 68, 72, 76, 169...

⁴ *Ibidem*, p. 25.

El conflicto interno en relación con el impulso y la negación de la escritura está encarnado, así, en esos otros yo de los que habla el personaje y de quienes, además, hace notar que son ambos algo ya distinto a él:

A veces, el “yo” que hace lo que no quiero hacer es al que en realidad amo, porque me desata de ese no terco y hermético al que estoy sujeto. [...] A esos dos “yo” quisiera ponerles nombre, familiarizarme un poco con ellos, tratarlos. En apariencia esto carece de sentido, puesto que son yo mismo. Pero es que en realidad *en cierto modo ya no forman parte de mí, ni uno ni otro*. Parece que los dos se lanzan a lo suyo, apresurados, despiadados, y yo siento que me van dejando atrás.⁵

La existencia del personaje, como vemos, es indisoluble de su ser escritor y, sin embargo, todo lo que él nos narra de sí mismo es precisamente su malograda intención de dejar de serlo. La identidad del personaje se va erigiendo a partir de la constante tensión, muchas veces contradictoria, pero además conscientemente contradictoria: “Para poder escribir algo, tuve que mentirme: escribo para mí, no para los demás. [...] Pero claro, yo mentía deliberadamente. No escribo para mí. Se dice eso, pero en el fondo hay una necesidad de ser leído, de llegar lejos”.⁶ Y hay que destacar aquí también cómo el conflicto identitario se expresa en el aspecto lingüístico, cómo se pasa no solo del “tuve que mentirme”, “escribo” y “yo mentía” al “no escribo...”, sino también al “se dice” y “hay”. La primera persona se despoja de su papel protagónico en favor de un impersonal que desindividualiza la experiencia de escritura y sus problemas, con todo lo que esto implicaría: la necesidad “de ser leído y llegar lejos” se vuelve una pretensión compartida, ya sea por falsa modestia o por bochorno, mientras el personaje se funde simbólicamente, por el lenguaje y el uso particular del impersonal, con la multitud y, al mismo tiempo, con nadie en específico. Siguiendo a Tornero, aquí es el uso particular del lenguaje lo que permite trazar la borradura de la identidad de este personaje.

Ahora bien, este ser-no ser escritor de José García marca también las relaciones que establece con los otros personajes. Por una parte, presenciemos cómo cambia la relación con el hijo mayor, quien siendo pequeño se interesa por el oficio del padre y, ya mayor, pierde todo interés al respecto. La esposa, por otra parte, es presentada como una mujer que

⁵ *Ibidem*, pp. 50-51. Las cursivas son mías.

⁶ *Ibidem*, p. 32.

sobrelleva pacientemente esa excentricidad de su marido (la de encerrarse a escribir en su despacho por las noches). El personaje reflexiona constantemente sobre cómo ha cambiado o cree él que ha cambiado la percepción que cada uno de estos personajes tienen sobre él a medida que su identidad como escritor o escritor en potencia se transforma en la de un escritor que no logra Escribir.

La injerencia de la identidad del personaje en cuanto escritor sobre sus relaciones con otros llega quizá a su punto máximo en las relaciones que entabla con los personajes fuera de su círculo más íntimo. Presenciamos aquí una nueva tensión, esta vez entre vida y escritura: “¿será que quise provocar un suceso importante, distinto, para tener que escribirlo?”,⁷ reflexiona García en cierto momento, y más adelante, frente a otra situación señala: “Todos los de la oficina estábamos emocionados, pero seguramente ninguno tuvo el deseo, como lo tuve yo, de escribir la escena”.⁸

El ser escritor, ese mismo que José García intenta hacer desaparecer desde el inicio de la obra, se revela a toda intención del personaje y se impone, de manera nada violenta y más bien natural, a tal grado que termina subvirtiendo lo que podemos llamar el orden natural de la existencia: aquel en el que la escritura se supedita a la realidad. José García es primero escritor y luego ser viviente y, de ser necesario, moldeará la realidad, o experimentará con ella, en función de lo que su escritura requiera. O, al menos, nos presenta esta posibilidad, pues lo cierto es que ni siquiera el mismo personaje se muestra seguro de dichos sucesos.

Esta tensión entre vida y escritura constituye, claramente, el vínculo entre el nivel del personaje y el del narrador. De la misma manera que José García-personaje encuentra su identidad en conflicto a partir de su relación con la escritura, también lo hace el José García-narrador. Y es que, en general, se trata de un narrador no del todo confiable. El conflicto identitario en el nivel metaliterario se da en función de las relaciones realidad-ficción y verdad-mentira. Ambas se imbrican con la identidad del personaje en los fragmentos mencionados, pero no se quedan solo en el nivel de la diégesis, sino que dan un paso más, ya vinculado con el tercer nivel (el autoficcional). En el nivel ficcional o del personaje, la multiplicidad de yos que concentra el protagonista dentro de sí se refleja en la existencia de los dos cuadernos en los que éste escribe y no escribe:

⁷ *Ibidem*, p. 130.

⁸ *Ibidem*, p. 161.

Y lo único que honestamente puedo expresar es que lo que quisiera escribir, o ya está escrito en los libros que me conmueven, o será escrito algún día por otros hombres, en unos cuadernos que no se parecerán en nada a los míos, tan tristemente llenos, éste, de impotencia, y el otro, de blanca e inútil espera.⁹

El cuaderno de la impotencia es aquél en el que José da rienda suelta a sus impulsos gráfolos, mientras que el de la espera es el cuaderno perpetuamente vacío, del que ninguna idea o palabra plasmada en el primero ha sido digna. Como ya se dijo, en este nivel, José-personaje es escritor que no quiere (o no puede) ser escritor. Ahora bien, estos dos cuadernos conducen al lector fuera de la diégesis. Y es que, a fin de cuentas, nosotros recibimos las palabras de José García a partir de lo escrito en el primer cuaderno, lo cual implicaría que, de algún modo, para que ese cuaderno tan privado y libre de pretensiones hubiera llegado a las manos de un lector cualquiera, habría tenido que convertirse precisamente en el segundo cuaderno, ya sea de manera literal, con el protagonista finalmente pasando en limpio lo escrito en el primer cuaderno al segundo, o metafórica: el primer cuaderno se hace público y se convierte literalmente en el libro publicado de José García: lo que debió haber sido el segundo cuaderno.

Pero la novela termina con el mismo protagonista aún sufriendo el parto de la escritura, sin poder dar con la palabra precisa para comenzar. Ese no-comienzo, pues, es el final mismo de la realización de la escritura en el nivel metaficcional. Entonces, el cuaderno uno es y no es el cuaderno dos, y la no-escritura de José García en la diégesis (nivel del personaje), es la escritura de José García fuera de ésta (nivel del narrador).

El conflicto en el nivel metaficcional, además aparece en la especie de poética que el protagonista va construyendo para su obra deseada y que el texto mismo que el lector tiene en sus manos (o su obra efectivamente realizada) contradice constantemente: no hablar en primera persona, buscar la palabra precisa, contar la verdad, escribir de lo que conoce, etcétera. El personaje es consciente de estas contradicciones y se asegura de que el lector también lo sea, con lo que se traza la configuración del narrador poco confiable: por una parte, un narrador con una visión particular y convicciones firmes sobre la literatura que él mismo

⁹ *Ibidem*, p. 100.

no respeta y, por otra, un narrador atrapado por la seducción de la mentira y por la irremediable falibilidad de la memoria:

Mi deseo es decir la verdad siempre, aquí, en este cuaderno tan mío. Pero a veces me ocurre, o que he olvidado la verdad, o que creo que lo que escribo es la verdad, o que escribo lo que me gustaría que fuese la verdad. Al revisarlo encuentro contradicciones que no corrijo porque pienso, cada día con mayor convicción, que nadie va a leer esto nunca, ya que una noche cualquiera tendré el valor suficiente para quemarlo todo.¹⁰

Estas contradicciones apuntadas por el narrador mismo, sumadas a frases como “nadie va a leer *esto* nunca”, guía, de nuevo, al lector fuera de la diégesis. Lo escrito por el personaje en el cuaderno uno nos es presentado por el narrador a través de estos pequeños guiños que vinculan dicho cuaderno con “esto”, es decir, el texto que el lector tiene en sus manos. Pero “esto” no es solo, al mismo tiempo, lo escrito por el personaje y por el narrador, sino que en cuanto ahora se trata de un elemento material que vincula la diégesis con el mundo externo, el nuestro, aparece también la tercera instancia: el autor, en este caso, la autora. Y es entonces que cabe volver a preguntarse ¿Quién es José García?

Pasamos con ello al nivel autoficcional de la obra. José García-personaje es José García-narrador (aunque a veces no lo sea o no del todo), pero, si sabemos bien que la autora de *El libro vacío* es Josefina Vicens, ¿cómo podremos afirmar la tercera instancia sugerida al principio: el José García-autor? Las razones que me han llevado a establecer este vínculo se encuentran en la teoría de la autoficción. Sin profundizar demasiado en ello, diremos con dos teóricos clave: Gérard Genette y Manuel Alberca, que, al tratarse de una de las múltiples formas de las escrituras del yo, en la autoficción las tres instancias (autor, narrador y personaje) son uno mismo y, a la vez, esta identidad se sustenta en una contradicción, pues, como lo indica la segunda raíz de la palabra, dicha identidad nunca podrá ser absoluta en cuanto hay siempre una carga ficcional, aunque sea mínima. Así, aunque es fácil identificar narrador y personaje, en la autoficción, el autor es y no es el narrador, es y no es el personaje,¹¹ con lo que se genera un pacto de lectura ambiguo en el que el lector se debate permanentemente entre la identidad y la diferencia: “el resultado es un objeto híbrido, de

¹⁰ *Ibidem*, p. 116.

¹¹ Esto Genette lo representa en *Ficción y dicción* (p. 71) con el esquema siguiente:

A
≠ =
N = P

propuestas antitéticas, mezcla de la factualidad de la autobiografía y de la ficción de la novela”.¹²

La separación entre José García y la autora de *El libro vacío* resulta obvia, marcada principalmente por la diferencia de género y por el claro estatuto ficcional de la obra. Sin embargo, en esta novela es posible identificar ciertas estrategias narrativas que décadas después se han convertido en puntos clave para la categorización del género autoficcional. Así, podemos encontrar los siguientes vínculos entre José García y Josefina Vicens:

El primer punto de identificación viene dado por el oficio literario, no solo por el hecho de ser escritores ambos, sino por la visión que de la literatura se esboza en la novela. Y es que el conflicto constante de García entre escribir y no escribir, y así como su concepción tan precisa de la literatura, sin duda tienen resonancias del hecho de que Vicens sea uno de los dos famosos casos de escritores mexicanos con una obra brevísima, pero absolutamente genial.

En segundo lugar, el vínculo también se establece mediante el protocolo onomástico. Y al respecto es crucial recordar que, como lo han señalado diversos teóricos de la autoficción, la identidad onomástica entre autor y personaje se configura mediante distintas estrategias, las cuales van desde la anonimidad del personaje hasta los guiños y las referencias más o menos oblicuas. Así, José García se asocia con Josefina Vicens primero por la obvia relación entre los nombres (José y Josefina), después, por los seudónimos que la autora empleaba para firmar sus otras producciones textuales: Pepe Faroles para las crónicas taurinas y Diógenes García para los guiones cinematográficos.¹³ Así, es dable pensar que, más allá de la diferencia genérica, José García es al menos una suerte de alter ego de su creadora.

Tenemos pues que en el nivel autoficcional o de autor, la identidad de José García se dibuja también a través del conflicto: el que separa masculino y femenino, ficción y realidad, y autor y personaje-narrador. Como en los otros dos niveles, García sigue trazando su yo a partir de la contradicción constante y de la falta de certezas porque es, al mismo tiempo, cada uno de los elementos duales en tensión y ninguno de ellos; dentro de la diégesis y fuera de ella; hace 65 años con el apogeo del existencialismo y en pleno 2024 con la posmodernidad a cuestas.

¹² Manuel Alberca, *El pacto ambiguo...*, p. 93.

¹³ Aline Pettersson, “Prólogo”, en Josefina Vicens, *Op. cit.*, p. 16.

Bibliografía

- Alberca, Manuel. *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, Biblioteca Nueva, España, 2007.
- Genette, Gérard. *Ficción y dicción*, Lumen, España, 1993.
- Tornero, Angélica. *El personaje literario: historia y borradura*, Miguel Ángel Porrúa, México, 2011.
- _____. “Singularidades e intermediaciones en la constitución del sujeto transmoderno latinoamericano”, Ana Casas (ed.), *El autor a escena. Intermedialidad y autoficción*, Iberoamericano-Vervuert, España, 2017, pp. 135-159.
- Vicens, Josefina. *El libro vacío / Los años falsos*, FCE, México, 2015.